

Montaigne y la mentalidad científica

Con cierto reparo me atrevo a tratar un tema que —lo digo con toda sinceridad— es superior a mis fuerzas pero cuyo atractivo es más fuerte que mi prudencia. Ya es bien sabido que, en cuanto a la actitud de Montaigne respecto de la ciencia, la crítica más generalizada es la que insiste en su carácter negativo, debido al escepticismo del pensador. Por mi parte me inclino por una opinión distinta que trataré de justificar.¹ Para ello y en primer lugar debo recordar que algunas palabras que designan tendencias o doctrinas filosóficas han resultado tan dañadas y corrompidas por las creencias dominantes y los prejuicios que a ellas se oponen que han perdido, al menos en el lenguaje corriente, su significado primitivo. Con el pretexto de precisar el concepto que entrañan se ha degradado su significación. Así ocurre con palabras tales como libertino y libertinaje, materialista y materialismo, escéptico y escepticismo y muchas más. Por lo general se califica de escéptica en lenguaje corriente a la persona que no cree en nada y por ello es indiferente a todo porque todo le es igual. Ahora bien, el escepticismo, hay que repetirlo, es una de las más importantes doctrinas filosóficas. Es la que más ha contribuido a la distinción de lo subjetivo y de lo objetivo, de la ciencia y de la metafísica; es la que ha hecho más para que se estudien los fenómenos en sí mismos y en su correlación, con el fin de regular mejor y de manera más segura la vida individual y social. Es en este sentido, me parece, en el que es lícito hablar del escepticismo de Montaigne cuyo pensamiento sigue siendo actual porque, como Sexto Empírico, estima que el sabio no es el que sabe, sino el que busca.

Por supuesto que nuestro autor es inagotable en su crítica de la ciencia —la de su época— tan contradictoria, tan frágil y, no obstante, tan orgullosa e intransigente que, evidentemente, no podía satisfacerle. La «ciencia nueva» no ha nacido todavía, ni por consiguiente la terminología adecuada, tampoco. El texto de Montaigne se resiente a menudo de la falta de un léxico exacto, preciso, no ambiguo, que no existe todavía. El saber de su época comprende principalmente conocimientos puramente especulativos, con frecuencia erróneos, teorías varias, relatos y opiniones en los que se mezclan de manera incoherente algunas anticipaciones fecundas con leyendas y supersticiones absurdas. Sus contemporáneos deben aceptar, al menos públicamente, el principio de autoridad. A este respecto un ejemplo curioso y triste a la vez que podemos evocar es el del eminente cirujano Ambrosio Paré a vueltas con los polvos de cuerno de unicornio

¹ Otros estudiosos me han precedido en este camino, especialmente M. Will G. Moore en su muy interesante artículo *L'Apologie et la science* publicado en el «*Mémorial du I Congrès International des Etudes Montaignistes*», Bordeaux, 1964, p. 200.

que protegen de la peste. No niega la existencia del monstruo, puesto que la Iglesia lo afirma, pero tras haber enumerado todas las razones que hay para no creer en él, concluye que él sí cree.²

Sin embargo ya hace mucho tiempo que la enseñanza de la Escuela o Escolástica, es decir la adaptación hecha por Santo Tomás de la metafísica y de la física de Aristóteles, que es una física de las cualidades sensibles, está desacreditada entre las más eminentes personalidades del siglo XVI. Esta enseñanza ignora lo que va a ser la revolución científica: la dualidad radical entre las cualidades primeras de las cosas y las sensaciones que de ellas tenemos. Y este descrédito se irá extendiendo cada vez más hasta el punto de que la Sorbona llegará a inquietarse y en 1624 prohibirá el discutir a Aristóteles bajo pena de muerte.³

Por eso la crítica de Montaigne, por vigorosa que sea, es a fin de cuentas, constructiva; contribuye a un trabajo de destrucción y limpieza previo e indispensable para el logro de más inteligentes reconstrucciones futuras. Se dirige a la necesidad de los hombres que aceptan sin discutirlos todos los prejuicios y permanecen sometidos a la rutina. Al ponernos en guardia contra lo irracional, contra las afirmaciones sin fundamento racional, al insinuar opiniones de riquísimo y valiente contenido, Montaigne ha abierto caminos nuevos que otros pronto van a recorrer. No sin peligro. El siglo XVII en que con palabras de Ortega «rinde sus cosechas áureas la gran siembra espiritual del Renacimiento» se inicia con la muerte de Giordano Bruno, quemado vivo en Roma en 1600. Vanini sufrirá el mismo suplicio, tras habérsele arrancado la lengua, en Toulouse en 1619. Vendrá después el proceso de Teófilo de Viau, representante de una elite intelectual que será duramente reprimida. Precisamente el modernismo de esta generación proporcionará a Descartes la atmósfera en que vivió durante los años de su formación. No es una casualidad si su poeta preferido es Teófilo de Viau. Asimismo sabemos que Descartes escribió un *Tratado de Metafísica* y una *Física* o *Tratado de la luz*; mas la condena de Galileo en 1633 le hizo posponer la publicación de estas obras que se basaban en la idea del movimiento de la Tierra. En 1641 el éxito de su filosofía, expuesta en latín, en sus *Méditations sur la philosophie première*, obra que socava la autoridad de Aristóteles, le crea dificultades con las universidades de Utrech y de Leyde. Llega a ser acusado de blasfemo y de ateo. Será por último condenado e incluido en el Índice en 1663. Los *Ensayos* de Montaigne quedarán incluidos en el Índice de la Inquisición española en 1640 y en 1676 en el de la Inquisición romana. Podríamos seguir multiplicando los ejemplos.

Así pues, la ciencia sufre un retraso en su inevitable progreso mas no se detendrá. Nada puede paralizar totalmente el pensamiento y el propio Montaigne lo ha afirmado: «Nuestra mente es una herramienta vagabunda [...] Se la ata y agarrota con religiones, leyes, costumbres, ciencia, preceptos, penas y recompensas mortales e inmortales; y, no obstante, vemos que por su volubilidad y disolución escapa a todos estos lazos».⁴

² Robert Mandrou, Introduction à la France moderne, Albin Michel, 1961, p. 260.

³ J. S. Spink, La libre pensée française de Gassendi à Voltaire, traduction de l'anglais par Paul Meier, Ed. Sociales, 1966, p. III.

⁴ «Notre esprit est un outil vagabond [...] On le bride et garrotte de religions, de lois, de coutumes, de science, de préceptes, de peines et récompenses mortelles et immortelles; encore voit-on que par sa volubilité et dissolution, il échappe à toutes ces liaisons», L. II, 12.

Por otra parte, su aparente desprecio de la ciencia, tan agobiante por cuanto pone de manifiesto la miserable condición humana, incapaz de alcanzar la verdad; su insistencia en ridiculizar la vanidad del hombre y en emplear la ironía, procedimiento éste de los más eficaces para provocar la reacción del lector; ese sentimiento de lo grotesco de nuestra naturaleza, tan frecuente en los *Ensayos* y que es una de las formas más sutiles del espíritu crítico, no ha inspirado la renunciación, ni la resignación, ni la ignorancia satisfecha de sí misma. Paradójicamente su crítica no es desalentadora. Un solo ejemplo lo probará. Cuando Montaigne insiste acerca de la impotencia de la voluntad del hombre ante ciertas reacciones y ciertos movimientos de su cuerpo que se producen a pesar suyo, observando, por ejemplo:

Que es preciso que parpadee ante el golpe que le amenaza...⁵

está fijándose en esas reacciones automáticas e involuntarias de un organismo vivo ante un estímulo exterior, que llamamos hoy actos reflejos. Aunque parezca que su crítica de la voluntad solamente tiende a humillar el orgullo del hombre, el caso es que el ejemplo escogido demuestra su intuición intelectual que se detiene a reflexionar en los principios esenciales y ocultos de las cosas. Basta con compararlo a otros autores para advertir la disparidad de enjuiciamiento. Así Lope de Vega ha utilizado —singular coincidencia— el mismo ejemplo y ha sacado una conclusión diferente:

El mundo de acá y de allá
Mengo, todo es armonía
Armonía es puro amor
porque el amor es concierto [...]
Mi mano al golpe que viene
mi cara defenderá [...]
*Cerráranse mis pestañas
si al ojo le viene mal,
porque es amor natural.*

(*Fuenteovejuna*, acto I, escena IV)

El autor español evoca en estos versos una creación perfecta, armoniosa que da por descontada la existencia de una providencia protectora del hombre. La afirmación de Lope no incita a la investigación puesto que de antemano proporciona una explicación tan tranquilizadora como definitiva. La observación de Montaigne, por muy desengañada o decepcionante que parezca, invita a la reflexión. La conclusión apaciguadora de Lope viene del pasado. La crítica de Montaigne es un reto. Por las preguntas tan sagazmente seleccionadas que gusta de plantear al lector y que pertenecen al dominio científico, Montaigne es un extraordinario inductor de ideas que abre nuevos horizontes hacia el porvenir. Sin duda por esta razón es por lo que se descubre su influencia no solamente entre los humanistas sino también en los científicos, tales como Descartes, Gassendi, Pascal y Fontenelle por no citar sino a los más conocidos del siglo XVII francés. Y sin duda también es por lo que Jorge Mongrédien estima: «que es cierto

⁵ «*Il faut qu'il cille les yeux au coup qui le menace...*», L. II, 2.